

RUINAS

ALBERTO CHIMAL

En este país la mayor atracción son las ruinas.

José Manuel Aguilera

Esta es una foto que tomé hoy, afuera del edificio en el que vivo.



Lo que se ve es una muñeca de plástico, medio rota, tirada al lado de un árbol, entre hierbajos. La sostiene la estructura de metal de una estantería o macetero, que tampoco está en muy buen estado, y un trozo de ladrillo contra el que se apoya uno de los pies. Una hoja entra por un hueco en la cabeza de la muñeca, que ha perdido muchas hebras de su cabello artificial. Su codo izquierdo está perforado. En el fondo se ve un edificio cualquiera.

Aunque el edificio no está dañado, y en realidad se ve muy poco de él, podríamos decir que la foto es la imagen de una ruina. La ruina es la muñeca, que ha estado ahí durante años, deshaciéndose poco a poco.

Se pueden encontrar (y fotografiar) muchas vistas así en cualquier ciudad del mundo. Objetos, construcciones y paisajes descuidados, en descomposición, que señalan el reverso de la apariencia de

belleza y permanencia que es el lugar común. Sí, nuestro tiempo está repleto de obras de ficción que se refieren a la destrucción, e incluso a la catástrofe apocalíptica, pero no tantas recuerdan que la ruina está siempre entre nosotros, y casi siempre moviéndose despacio, de forma insidiosa, aliada a la entropía. No hace falta una invasión de zombis o una guerra atómica para que una urbe de rascacielos brillantes se convierta en una ruina: basta dejar de prestarle atención, dejar de mantenerla en pie y de reparar sus descomposturas constantes.

(Por esta razón, las personas empleadas en labores de limpieza y mantenimiento siempre serán más importantes y vitales que los políticos y las celebridades, aunque se nos olvide casi siempre. Pero eso es otro tema.)

Hay una impresión particular del paso del tiempo: de una amplitud o profundidad ajena a nuestra propia experiencia.

Mi foto se parece a miles que aparecen todos los días en redes sociales porque hay, actualmente, una moda (una *estética*, dicen personas jóvenes, para desconcierto de todas las demás) alrededor de las ruinas. Lo viejo, lo dilapidado y lo devastado se ven *bien*, en cierto sentido irónico, o cuando se les contempla con melancolía. (Esto vale incluso, o especialmente, para la nostalgia de lo que nunca se ha vivido.) Las texturas de los materiales y superficies desgastados tienen una complejidad más rica e intrigante que las de lo nuevo. Hay una impresión particular del paso del tiempo: de una amplitud o profundidad ajena a nuestra propia experiencia. Y, como en el caso de la muñeca, es posible conjeturar toda clase de historias y explicaciones detrás del estado actual de cada objeto.

Un precursor involuntario de esta tendencia en México es una antología de fotos, publicada por el Fondo de Cultura Económica en 1985 y titulada *Historia natural de las cosas*. Seleccionadas por Pablo Ortiz Monasterio, las imágenes –cada una de un fotógrafo diferente– muestran exclusivamente espacios deshabitados, objetos sin uso, construcciones cuyas formas se vuelven abstractas, espacios perturbados por un momento de caos. La imagen más inquietante, desde una perspectiva contemporánea, debe ser la habitación vacía, con sus muebles y paredes cubiertos de agujeros de bala, que Agustín Víctor Casasola fotografió en 1913. Titulada “La decena trágica”, la imagen hace referencia a la insurrección que derribó la presidencia de Francisco I. Madero, así

como a la muerte violenta de éste. No hay cuerpos visibles, la sangre está reducida a un gris oscuro sobre las sábanas, pero la destrucción de la materia a la vista es irreparable, igual que la de los cuerpos que murieron en aquel tiempo y (acaso) la de un futuro que entonces, hace 110 años, parecía posible para México.

Quienes prefieren imágenes más sensacionales y morbosas, aun con las objeciones que se les puedan hacer actualmente por su obscenidad o su cinismo, podrían decir como excusa que hace falta la violencia directa para conmover (o al menos para llamar la atención). Pero los buscadores de ruinas de nuestro tiempo van detrás de algo distinto, incluso si no lo saben. Tienen antecesores todavía más remotos en el romanticismo: en poemas como “Ozymandias”

de Percy Bysshe Shelley (1818), que en un puñado de versos puede representar la vanidad de los seres humanos y las ruinas en que sus obras se convierten, o en pinturas como el *Paisaje con acueducto* de Théodore Géricault (también de 1818), que vuelve a una ruina medio comida por tallos y malezas parte de las vistas cotidianas de un pueblo. Varios artistas de aquel movimiento (Goethe entre ellos) llegaron a crear ruinas *nuevas*, exactamente como las decoraciones minuciosas que se pueden encontrar hoy en Instagram o Tumblr. La evocación se volvía, como ahora, más importante que aquello que se evocaba. Por esta razón las ruinas diminutas, metafóricas como la que yo fotografié se codean en internet con imágenes de la ciudad fantasma de Prípiat (aún inhabitable después del accidente nuclear de Chernóbil en 1986) o de *malls* abandonados en los Estados Unidos.

Tal vez será que –como se ha puesto de moda decir en los últimos años– nuestro

tiempo de cambios es de hecho uno de declive, y atestiguar la declinación de lo que nos rodea es una forma de reducir la inquietud y el miedo que tendría que producirnos. No podemos detener esta catástrofe en cámara lenta, pero al menos la aprehendemos, nos la apropiamos, la reducimos a nuestra propia escala diminuta.

O, hablando de escala, tal vez será que reconocer esa pequeñez, la transitoriedad de las vidas y los esfuerzos humanos, es reconfortante por sí mismo, en especial cuando se contempla desde un lugar seguro y cómodo. Historias de reinos, países, lugares desaparecidos abundan tanto en la ficción como en la historiografía.

Estos son los argumentos a los que me lleva el pensar en otras ruinas modernas, no previstas ni deseadas, que por estos días están apareciendo en todos lados. La estancia devastada, con fragmentos de muebles y charcos de sangre en el suelo, de una casa en un

kibutz israelí. Los restos de un edificio bombardeado, reducido a cascajo en la franja de Gaza. La costera de Acapulco, arrasada por el huracán más potente que haya habido jamás en aquel puerto.

Serán otros, mucho después de este tiempo, quienes puedan decir qué es esta época, qué era esto que estamos viviendo. Serán otros quienes pongan nombre a las catástrofes que parecen acumularse ahora mismo en el mundo entero y quienes determinen si pudimos afrontarlas como era debido. Ahora no podemos ver con claridad el presente, ni queremos pensar en el futuro (porque también estamos con miedo de que no haya ninguno para la especie humana, aunque nos sea casi imposible decirlo o concebirlo siquiera de manera honesta).

Tal vez, también, lo que pasa ahora con nuestro afecto por las ruinas es que nos permite jugar a que ya existimos en ese otro tiempo: a que la angustia y la incertidumbre de éste y no son las nuestras.

Atestiguar la declinación de lo que nos rodea es una forma de reducir la inquietud y el miedo que tendría que producirnos.